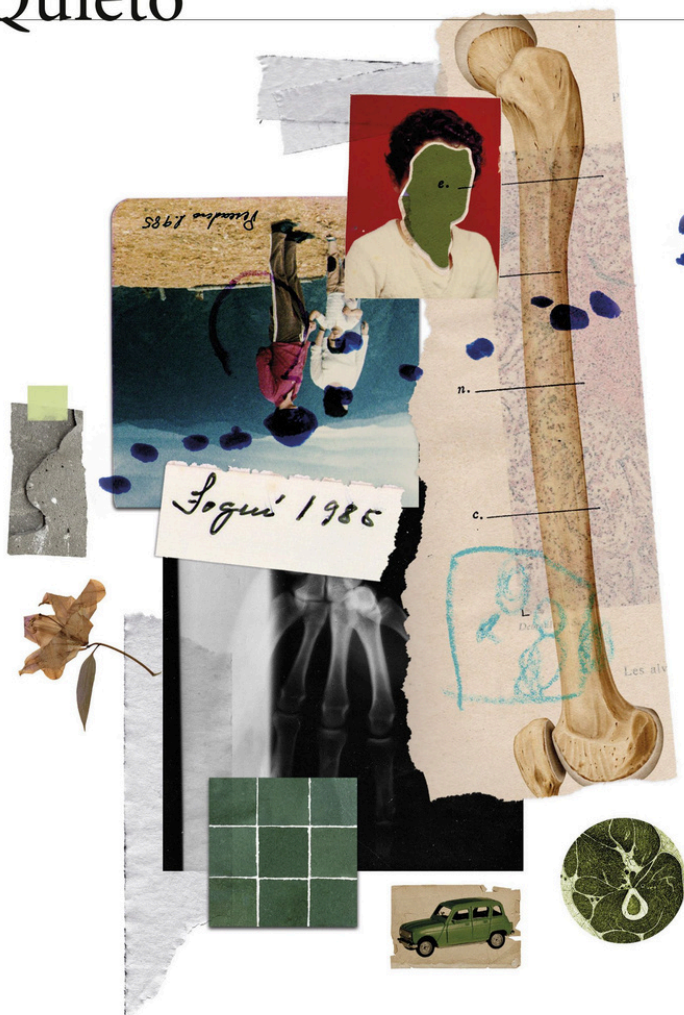


Eduardo Otálora Marulanda

Quieto



¿Te gusta leer? Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:



@Planetadelibrosco



@Planetalibrosco



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.



Planeta de Libros



Seix Barral

Quieto



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Breve

Eduardo Otálora Marulanda

Quieto



Seix Barral

© Eduardo Otálora Marulanda, 2025

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): junio de 2025
ISBN 13: 978-628-7655-96-6
ISBN 10: 628-7655-96-8

Impresión: xxxxxxxx xxxxxxxx

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*



Seix Barral

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para mis familias, la grande y la chiquita.



Seix Barral

*Así era el miedo ante la certeza de la muerte
de un hijo. Comprendí. Eso era el amor. Solo
había muerte después de la muerte del hijo.
Una negrura sin futuro.*

MARIANA ENRÍQUEZ, EN: NUESTRA PARTE DE NOCHE.



Seix Barral

*Es que los cuerpos se estiran un poco cuando
mueren. Es que esa es la medida más grande
en ataúdes blancos.*

LINA ROJAS FLÓREZ, EN: ALGO HAY ADENTRO.

EL SOBRE BLANCO



Seix Barral

Morí una semana después de cumplir un año.

La celebración del cumpleaños fue bonita-bonita. Como no alcancé a tener amigos, el *Feliz cumpleaños* me lo cantaron sólo mamá, papá y mi hermano. Ella preparó una torta de banano con bocadillo, la cubrió con clara de huevo a punto de nieve y la roció con azúcar pulverizada y ralladura de limón.

Mamá usó la receta que le enseñó mi abuela en Cali y que a ella le enseñó mi bisabuela, cuando todavía vivían por allá arriba en la punta de la cordillera, en ese pueblito que se llamaba Aranzazu y que parecía de juguete, de lo pequeñito que era.

Aranzazu tenía dos calles largas, una a cada lado de la plaza: la que subía para las veredas y la que bajaba hacia Manizales. Allá construyó una casa mi bisabuelo, el que siempre caminó jorobado por lo mucho que le tocó agacharse para encontrar pepitas de oro en el Chocó. El patio de la casa daba miedo porque se asomaba a un desfiladero y si la ropa se volaba por el viento había que darla por perdida.

Aranzazu también tenía una iglesia. A mi bisabuela le gustaba sentarse los domingos de misa en las bancas de adelante. Decía ella que así la escuchaba

mejor el Cristo crucificado que mandaron traer los vecinos desde un convento en Quito.

Era lindo Aranzazu en los recuerdos de mi bisabuela.

Es lindo que ahora me rodean los recuerdos de mi familia, como una nebulosa de luciérnagas.

De mi bisabuela me gusta un recuerdo en particular. Tenía veinte años, pero era toda una señora con arrugas en la frente, el pelo recogido en una moña y un delantal bien amarrado a la cintura. Ya era mamá de cuatro hijas. En el recuerdo también está mi abuela a su lado, todavía bien chiquita, como de siete años. Usaba un vestido con boleros y medias con boleros y diadema con boleros y, encima de todo, un delantal de niña. Veo a las dos en la cocina: amasaban bocadillo y bananos maduros en un platón de aluminio, preparaban la torta para el primer cumpleaños de Imelda, la menorcita de las hijas. Ninguna se reía, pero estaban contentas. Mi abuela porque aprendía la receta de la torta de banano con bocadillo, mi bisabuela porque la enseñaba por primera vez.

*

Lo que más me gustó de mi único cumpleaños fue la torta que preparó mamá. Recuerdo que fue sabroso sentirla apachurrada entre los dedos, por eso me la unté hasta en el pelo y se la unté a mi hermano en la

cara y a mamá en el pantalón y a papá en la camisa. También comí un poquito y sabía rico.

A mamá le quedaban deliciosas todas las tortas: la de banano con bocadillo, la de pan viejo, la de zanahoria y hasta la de caja que vendían en el supermercado.

Lástima que ya no prepara tortas porque la tristeza le quitó las ganas de amasar y la pobreza la dejó sin horno.

Mamá ahora sólo cocina lo poquito que necesita para no morirse de hambre. Está muy flaca y parece que ya no tiene ganas de nada, sólo de venirse a vivir conmigo. Yo todavía no la recibo porque mi hermano la necesita. Quiere pedirle que le enseñe a preparar las tortas y decirle que la ama.



Seix Barral

*

Mi hermano era mucho mayor que yo, tenía catorce años cuando mamá y papá le contaron que yo iba a nacer.

El momento de la noticia empezó con que papá llegó de su trabajo en la Oficina de Desastres del Ministerio de Salud. Eran las seis y pasaditas de la tarde. Entró al apartamento cansado y arrancándose la corbata.

No le gustaba usar corbata porque la consideraba una derrota ante el sistema. Pero le tocaba. Así se lo hizo saber el director de proyectos a los pocos días de

entrar a trabajar en el Ministerio. El director, un gordito cacheticolorado, reunió a los empleados nuevos en la sala de juntas y, con esa amabilidad que suena a orden, les dijo yo sé, muchachos, que lo de la presentación personal no es importante para algunos de ustedes; y está bien, nos aguantamos lo del pelo largo; los entiendo, yo también estuve en la universidad y quise cambiar el mundo con canciones y vino caliente; sin embargo, no se les olvide que todos somos la cara del Ministerio y necesitamos que la gente nos quiera y respete y, no nos digamos mentiras, una buena presentación personal hace la diferencia.

Papá odió cada bobada que dijo ese director lameculos, como le decía, pero le tocó empezar a usar corbata todos los días. Tenía que cuidar el puesto porque, si no, ¿con qué iba a pagar las cuentas a fin de mes y las pensiones del colegio de mi hermano? Le tocaba usar corbata para ser un hombre de bien, de los que “proveen y responden”, como decía su papá que debían ser los hombres de bien.

Por eso papá, siempre que entraba a la casa, se arrancaba la corbata del cuello con furia y la dejaba en el espaldar de alguna silla. Aunque después, antes de dormirse, como a escondidas, la recogía con cuidado y la llevaba al clóset para dejarla bien doblada junto a las otras. Papá sabía que las corbatas costaban un ojo de la cara y en esa época el palo no estaba pa' cuchara, como decía mamá.

Nunca lo estuvo.

Papá se veía lindo con corbata, a mí me gustaba.

Después de tirar la corbata, papá dejó en la mecedora de la sala el maletín de cuero que tanto apreciaba y que tenía desde que se graduó de antropólogo. Se lo regaló mi abuelo. Para que sumercé guarde los papeles, le dijo dándole un abrazo y esperando que ese muchacho dejara de ser tan alocado y se cortara el pelo, aunque fuera el capul, y se consiguiera una buena mujer y le diera muchos nietos.

Era generoso mi abuelo porque su papá no lo fue con él. Desde chiquito le dijo mijo, usted va a encargarse de sacarle plata a esta tierra y de que ese molino no pare de dar vueltas; aprenda ligerito a sumar y restar pa' que haga las cuentas del granero. Entonces mi abuelo no tuvo tiempo de preguntarse qué quería hacer con su vida, por eso era generoso con sus hijos, en particular con papá, que era el único hombre.

Fue generoso con lo del regalo del maletín y, sobre todo, con paladearle el embeleco ese de abandonar carreras. Papá empezó tres en Tunja y no terminó ninguna: Agronomía, Ingeniería Electrónica y Zootecnia. Luego le dio por irse a Bogotá dizque a estudiar Biología Marina en la Tadeo. Durante dos semestres lo único que hizo fue perfeccionar la gambeta en el fútbol y afinar los saques de pimpón.

Y mi abuelo lo perdonó y, contradiciendo lo que todos en la familia esperaban, lo siguió apoyando. Hasta le aceptó que, producto de una crisis existencial,

se metiera un año a los Hare Krishna para que después, cuando estaban a punto de ungirlo con el aceite tibetano y hacerlo oficialmente un iniciado, le diera porque no, que su camino no era la espiritualidad, sino la lucha social. Por eso se inscribió en la Universidad Nacional en Antropología, una carrera sin futuro y plagada de mechudos mariguaneros.

Eso era lo que creía mi abuelo.

Al final él terminó aceptando que papá también era un mechudo mariguanero y que allá, con esos otros melenudos, encontraría su lugar. Entonces no le insistió más con que se cortara el pelo y se hizo el de la vista gorda con el olor dulzón de la mariguana en la ropa. Incluso lo acompañó el primer día de clases a la entrada de la Universidad Nacional. Ahí le dijo mijo, cuídese, piense en su futuro, mire que ya va siendo hora de que siente cabeza. Y lo abrazó. Y así papá entró a la universidad a estudiar Antropología.

Esa carrera sí la terminó.

✱

Luego de lo de la corbata y el maletín, papá saludó de afán y entró al baño a hacer popó. Siempre hacía lo mismo. Se aguantaba todo el día para poder hacer lo suyo en casa. Era de intestino pudoroso, como le gustaba decir. Pero también esperaba hasta llegar a casa porque era un hombre de rutinas.

Algunas rutinas de papá:

Se despertaba a las seis y lo primero que hacía era tomarse el café que mamá le dejaba preparado, porque ella madrugaba más para tener todo listo. Después desayunaba siempre sentado en la misma silla. Luego se lavaba los dientes de arriba hacia abajo y del lado derecho al izquierdo. Antes de salir para el trabajo se fumaba, encerrado en el baño, la patica de mariguana que había dejado el día anterior. Enseguida se echaba gotas en los ojos y salía de la casa como si nada. Los sábados resolvía el crucigrama del periódico en la mañana. Lo hacía metido entre las cobijas, con el diccionario de tapas rojas al lado derecho y una libreta de apuntes al lado izquierdo. En la libreta anotaba respuestas difíciles que se iba encontrando en los crucigramas. Era su manera de registrar victorias que a nadie más le importaban.

Para papá sus rutinas son importantes. Sin ellas se siente perdido y le duele la cabeza y entra en pánico y se vuelve violento.

No me gusta cuando papá es violento porque sus palabras rompen la piel y dejan el corazón como una uva pasa.

*

Mientras papá salía del baño, mamá y mi hermano acomodaron la mesa para la comida. Ese día eran

arepas, dos para cada uno. A mi hermano le encantaban las arepas. Se las comía con mordiscos diminutos porque no quería que se le acabaran nunca. Le gustaba sentir en los labios los granos de sal combinados con la mantequilla derretida y luego pasarse la lengua. Amaba las arepas que preparaba mamá, tanto como su hijo ama las que él le prepara ahora para los desayunos.

De tal palo tal astilla.

A papá le gustaban las arepas, pero más le gustaba el pan. Decía que las arepas eran de paisas y caleños y que él, como tunjano, prefería las almojábanas y el pan, sobre todo el que venía relleno de queso y llamaban trenza. Le encantaba coger pedazos grandes y remojarlos en el chocolate bien caliente. Hacer sopitas, decía. El chocolate le gustaba tomarlo en taza, no en pocillo. Aseguraba que le sabía más rico porque así se lo servían en Tunja y que eso no lo iba a cambiar porque ya era suficiente con que mamá no hubiera aprendido a preparar changua. Papá amaba la changua casi tanto como el chocolate en taza. Todos en su familia la amaban y, entonces, no podía ser de otra manera.

A papá le gusta mantener las tradiciones, aunque se la pase dándoselas de rebelde pelilargo y comunista. Es algo así como un hippie-godo.

Tan tierno papá.

Vuelvo a la tarde en que me senté por primera vez a la mesa con mi familia.

Papá salió del baño y se echó para atrás su pelo negro y liso como paja. Mi hermano ya estaba sentado en su puesto del comedor, el que daba hacia el ventanal de la sala. Desde su lugar se veían los otros bloques del conjunto residencial y, bien a lo lejos, un pedacito de los cerros orientales de Bogotá.

Vivíamos muy al occidente y un tanto más hacia el sur. Era un conjunto de interés social con apartamentos que parecían cajas de bocadillo, apenas para personas bajitas, como nosotros. Sin embargo, mamá lo había convertido en un lugar calentito y acogedor. Puso matas por todas partes y por eso el apartamentico tenía muchos colores. Además, colgó en las paredes las máscaras que traía papá de los viajes por el país y organizó en repisas las artesanías. Todo el que entraba se sentía como en un museo de antropología.

En el apartamentico mamá vivía feliz, papá se acomodaba porque tenía un estudio y a mi hermano lo único que le importaba era que hubiera ventana.

Mi hermano sólo puede vivir en lugares donde haya una ventana que le deje ver por lo menos un pedacito de cielo. También es un hombre de rutinas. No lo admite pero, cuando el mundo da una vuelta y alguna cosa cambia, él se vuelve loco, loco y violento.

De tal palo tal astilla.

Esa tarde en que me les atravesé, mi hermano miraba por el ventanal y masticaba despacito su arepa. Papá se sentó frente a él, cogió un buen pedazo de pan y el cuchillo para la mantequilla. Mamá llegó de la cocina con los pocillos de café con leche y se sentó en medio de los dos. La mesa era circular, grande y de un mimbre fino que había aguantado muchos años, pero que ya se estaba soltando en las patas. Papá le hizo remiendos con cinta pegante, que también terminaron por aflojarse. Desde hacía meses la cinta se estaba poniendo amarillenta.

Ay, papá, que todo lo quieres reparar porque te cuesta aceptar que las cosas se dañan y hay que botarlas.

Esa tarde mamá tenía el pelo recogido en una trenza que le bajaba por la espalda. Todavía lo usaba largo. Cuando me le morí, se lo cortó bien bajito y nunca más lo dejó crecer. Lo tenía abundante, muy crespo y de un negro oscuro como petróleo. En Cali, cuando era pequeña, su mamá siempre le decía cogete esa melena, niña, que parecés una gamina; y bajate del árbol, que esos son juegos de hombres; y usá, carajo, las candonguitas de oro que te regaló la tía Imelda, que mirá que te ves como un niño; y devolvele los pantalones a tu hermano, que se los vas a raspar en las rodillas; y ponete el vestido rosado que te trajo tu tía Romelia; ay, por Dios, portate como una niña.

En Cali el despeluque estaba prohibido, incluso si la brisa deliciosa de la tarde entraba por la ventana y revolvía las cortinas, las matas y los manteles. Todo

se podía despelucar, menos el pelo de una niña porque, decía mi abuela, aprendí de una vez que las niñas siempre deben estar bien peinadas y, por Dios, se sientan con las piernas cerradas y no hablan si no les preguntan y saben hacerse cargo de una casa y consiguen marido antes de los veinte y hacen lo que él les diga.

En Cali el despeluque y la rebeldía estaban prohibidos. Y mamá era despelucada y rebelde, por eso se escapó de la casa bien jovencita, a buscar su vida en una comuna por los lados de Pance. Allá fue feliz caminando descalza y leyendo muchos libros y bailando salsa alrededor de una fogata y conociendo el “amor universal”.

Fue feliz hasta que se dio cuenta de que sus amigos también esperaban que ella se encargara de cocinar y lavar los platos y organizar las camas y de administrar la comuna. Entonces los mandó a comer mierda, así les dijo, y se devolvió para Cali, a caminar la Sexta y ver con quién se cruzaba para seguir con la vida. Por allá la encontró el tío Germán, el único hermano de su papá. Ella lo quería mucho porque además era su padrino y cada veintinueve de junio, el día de los ahijados, le regalaba una maceta enorme de las que vendían en la loma de San Antonio.

El tío Germán se atravesó la Sexta corriendo y la abrazó fuerte, porque llevaba días buscándola, preguntando por ella a los amigos y hasta a los enemigos, dejando razones en las tiendas y recomendando que, si la veían, le dijeran que volviera, que nadie le iba a decir nada, que estaba perdonada. ¿Perdonada de

qué? Pues de ser ella, de no querer tragarse el cuento de ser una “niña decente de Cali”.

El tío Germán la abrazó y no quería soltarla. Fue ella quien le dijo que ya, que suficiente de abrazos, que estaba haciendo mucho bochorno. Entonces el tío Germán la miró de arriba abajo y le preguntó ¿por qué andás descalza, mi niña?; y mirá lo flaca que estás, hasta se te achilaron los crespos; vení, vamos a tu casa y te bañas y comés bien y dormís hasta que San Juan agache el dedo; dejame yo hablo con tu mamá y tu papá; ellos a vos te quieren mucho, mi niña, y si se portan así es porque buscan lo mejor; entendelos.

Mamá no los entendió, pero igual se fue para la casa. Extrañaba las empanaditas y el sancocho que preparaba Esther, la empleada, y el chorro grande de la ducha, que refrescaba rico en las tardes calurosas de Cali.

El tío Germán habló con mi abuela toda la tarde, mientras mamá dormía profundamente después de comer y bañarse. Por la noche, cuando mi abuelo llegó del ingenio donde trabajaba, se sentaron los tres en el comedor y el tío Germán los convenció de que dejaran a mamá estar despelucada, que era mejor una despelucada en la casa que una achilada en la calle.

Un pedacito del recuerdo de mi abuelo:

Yo a ella la quiero infinito y casi me muero cuando se fue y siquiera Germán se la encontró para curarle esa flacura acá en la casa y que haga lo que quiera con su vida, que para eso nacimos libres y tenemos comida en la alacena.

Otro pedacito, pero de cómo lo recuerda mi abuela:

Esta criatura cómo se me pierde así y me deja con la lengua hecha un credo, para luego venir a aparecerse como si nada con los pies todos cochinos; yo es que no sé de dónde voy a sacar paciencia para querer a esta hija.

Entonces mamá se quedó en la casa y entró a la Universidad del Valle a estudiar Literatura. Se iba temprano, volvía tarde y hablaba poco. Lo único importante era que sacaba buenas notas y no armaba tanto alboroto en la casa. Lo armaba en la universidad, con los combos de teatreros y proto-poetas, con los de la guitarra al hombro y novelas mal tipografiadas bajo el brazo. Así decía mamá, y era feliz. Se divertía y, sobre todo, podía salir adelante haciendo lo que más le gustaba: leer y escribir.

Después de graduarse de Literatura, mamá se fue a vivir a Bogotá con sus papás y su hermana menor. En ese momento les cogió cariño a las trenzas porque, dijo, en esta nevera no hay brisa rica por las tardes; lo que hay es un chiflón helado que le congela a una la nariz y le deja el pelo como un chiro; entonces mejor me amarro el pelo bien apretado y sanseacabó.

*

Mamá sabía hacer trenzas de muchos tipos: la riñonera, la de cuatro gajos, la combinada y otras a las que

no me les aprendí el nombre. Igual, después de que nació siempre tuvo el pelo con la misma trenza de esa tarde en que le dieron la noticia a mi hermano: bien apretada y bajando por la espalda. Decía que era la más fácil de hacer, que no tenía tiempo para peinados si le tocaba sacar adelante a un bebé, una casa, un adolescente y un marido que no sabía ni hervir el agua. La vida era más fácil, o mejor, menos difícil, con el pelo bien cogido.

A mí lo del pelo de mamá nunca me interesó más allá de jalárselo, enredarlo en mis dedos y chuparle la punta de la trenza. Lo hacía cuando se acostaba conmigo en la cama a intentar que durmiera la siesta de la tarde. Ella casi siempre se ponía boca abajo pegando su frente a la mía, respirando los dos suavemente el mismo aire. Entonces, a veces, la punta de su trenza quedaba a mi alcance y yo, sin dudarlo, me ponía a chuparla. Cuando ella se daba cuenta me la sacaba. Yo me quedaba con la boca vacía, mirándola con los ojitos aguados, extrañándola. Por eso empecé a chuparme los dedos. Era como aprender que en la vida la mamá no dura para siempre y que a uno le toca arreglárselas solo.

Así les pasa a los vivos.

A mí ya no porque me morí y siempre estoy con ella, con papá, con mi hermano y con todos.

Con mamá disfruto cuando se queda mirando por la ventana la calle frente a su casa y sopla para mecer un móvil de campanitas que tiene. Suena y ella me recuerda.

Como dije, mamá se cortó el pelo después de que morí, muy bajito, casi a ras. Si no tenía fuerza para lidiar con su propia existencia, mucho menos con su melena.

Sigue con el pelo corto, que ahora está muy canoso. Se ve linda mamá: parece una abuelita de cuento de hadas.

Pero esa tarde de la noticia tenía todavía el pelo largo y la trenza bien apretada y los cachetes colorados por el calor de la cocina. No comía casi nada. Veía a papá y a mi hermano comer, cada uno a su ritmo. Papá masticando lento grandes bocados de pan, mi hermano mordiendo despacio trocitos de arepa. Los dos igual de demorados. Y ella, sentada en la mitad, pero con la cabeza en el cajón de su mesita de noche. Hasta que no aguantó más y se levantó.

Regresó con un sobre blanco en las manos y se lo entregó a papá. Él lo abrió con curiosidad, mirando a mi hermano y a mamá. Sacó la hoja. Leyó rápido al principio. Luego otra vez, pero muy despacio, masticando el pan y las palabras. Bueno, en realidad sólo una, que estaba en mayúsculas y al final de la página: POSITIVO.

Mamá estaba embarazada de mí.

Papá leyó una y otra vez, como intentando descifrar el engaño entre los renglones. Ya tenía un hijo grande y se sentía “al otro lado”, más cerca de endeudarse para pagar la universidad que de ir a citas con pediastras. Estaba casi todo resuelto en su vida; sencillamente era un padre de cuarenta y dos años casado con una mujer de cuarenta y tres.

Bueno, en unión libre, porque nunca formalizaron nada ni en una iglesia ni en una notaría. Lo que hicieron fue comprarse un par de argollas delgaditas de oro y comprometerse a llevarlas por siempre. El ritual fue alrededor de una fogata en el desierto de Sabrinsky. Estaban ellos y dos parejas más, todos en armonía con el universo. Lo hicieron después de enterarse de que mi hermano estaba en camino, para que naciera en el calor de una familia, pero una de las buenas, de las que no necesitaban bendiciones ni papeles porque las amarraba el amor.

Mamá cumplió la promesa de llevar la argolla. Papá se la quitó a los tres meses, cuando se le enredó con una hebra de la media mientras se preparaba para uno de los partidos de fútbol que jugaba los domingos con los excompañeros de Antropología. Le dijo a mamá guárdemela, que me va a dañar el uniforme. Ella se la puso en el pulgar y ahí se quedó hasta que se separaron, doce años después de que me les morí.

Todo ese tiempo intentaron mantener amarrada la familia, aunque por dentro estuvieran rotos y desmadrados. Lo único que lograron fue envenenarse el uno al otro y, de paso, a mi hermano.

*

Papá leía y releía: PO-SI-TI-VO. Se llevó la mano a la cabeza y se echó la melena hacia atrás. Luego empezó a arrancarse las cejas y comérselas. Hacía eso cuando estaba ansioso. Y casi siempre estaba ansioso, por eso ya no le quedaban sino poquitas cejas.

A esa altura de su vida con lo único que soñaba papá era con pensionarse. Al menos una vez al mes decía con lo de la pensión voy a comprarme un jeepcito y unas tres hectáreas en clima cafetero; en el lote voy a sembrar frutales y a tener una marranera y de la mierda voy a sacar biogás para la casa, que va a ser de guadua y con forma de pirámide, con paneles solares en el techo y sistema de calentamiento de agua con luz solar.

Hasta tenía dibujos de la dichosa pirámide. Los hacía en los cuadernos cuando se aburría en las reuniones del trabajo, los dibujaba en servilletas mientras conversaba con los compañeros de la universidad después de los partidos de fútbol. Hasta hizo uno en la pared de su estudio. Bocetó la dichosa casa con lápiz y prometió que luego la terminaría de pintar con pincel y tinta china. Nunca lo hizo, pero le quedó bonito el dibujo.

La casa quería hacerla con sus propias manos porque desde el colegio le gustaba la carpintería. En un cuarto del apartamentico tenía su estudio y ahí había un rincón que llamaba “el taller”. Era una mesa que él mismo construyó reciclando la madera de un clóset y que tenía ajustadas una prensa azul y una caladora. Abajo guardaba un guacal donde arrumaba el taladro, los cinceles, las escuadras, tarros de pegantes y pintura, varios tipos de sierras, destornilladores, muchísimos clavos de todos los tamaños y, al lado, la madera que iba recogiendo de sus viajes. No era más que rebusco, pero papá veía eso como las cosas que necesitaba para construir algún día la casa de sus sueños.

De eso han pasado más de treinta años y sigue sin el jeepcito, el lote, la casa y los marranos. Pero le quedan los sueños, que es lo importante. ¿Cierto, papá? ¿Verdad que lo más importante en la vida es nunca dejar de soñar?

✱

Papá no quería que el estudio se convirtiera en mi cuarto. Era su santuario. Además del “taller”, tenía esas cosas que lo definían: el equipo de sonido, la colección de tambores y los discos viejos que fue heredando de los amigos; las torres de casetes con horas de “música del mundo” que grababa de emisoras raras que sólo podía sintonizar con el radio de onda corta

que compró en uno de sus viajes a Maicao; los estantes con carpetas reventadas de documentos que, decía, eran importantísimos porque en ellos estaban las conferencias y talleres que dictaba por todo el país, la memoria de lo que había pensado en la vida, el material con el que alguna vez escribiría su libro. *La vida es un cuento*, decía que se iba a llamar.

Todavía no lo ha empezado a escribir.

Su estudio era un templo y esas ocho letras que ahora leía en la hoja blanca le restregaban en la cara que debía cedérmelo.

Mamá lo miró con curiosidad mientras yo me acomodaba dentro de ella. Di una pequeña vuelta para buscar calorcito y ella la sintió. Por eso bajó la mano disimuladamente y se tocó suave la panza.

Las manos de mamá eran maravillosas. Hicieron hasta lo imposible para que yo no me muriera.

*

Mi hermano no entendía nada de lo que pasaba. Acababa de cumplir catorce años y lo que más le importaba era saber si estaba incluido en la lista de los lindos del curso. La hacían sus compañeras en secreto y todos los hombres se morían por conocerla. Por mucho que él fuera el mejor amigo de todas y les insistiera, ellas no dieron el brazo a torcer. Solo le dijeron que, en consenso, las del curso creían que tenía unas

lindas pestañas y piernas bonitas. Pero ni una pista de si eso bastaba para ganarse un lugar en la lista.

Otra preocupación de mi hermano era acabar con la panza blanda que tenía desde bebé y que lo atormentaba cada vez que se metía a duchar.

Y también le preocupaba descubrir la estrategia para que las gafas no se le resbalaran de la nariz.

Joaquín, su mejor amigo, le dijo una vez que no había caso, que lo ideal sería que se pusiera lentes de contacto, que su hermana los usaba y que ya no eran como los de antes, que los hacían blanditos y hasta se podía dormir con ellos. Pero mi hermano les tenía miedo a los lentes de contacto porque mi tía, la hermana menor de mamá, decía que si uno parpadeaba mal le podían cortar el ojo.

Sí, mi hermano tenía sus preocupaciones y que yo existiera ni le iba ni le venía. Sí, mi hermano era un adolescente y quería cuidarse los ojos.

Los usaba para ver mucha televisión. Toda la que podía. Entre semana, apenas llegaba del colegio y mientras esperaba a que mamá sirviera el almuerzo, veía los programas educativos que pasaban por uno de los únicos tres canales: dramatizaciones de campesinos y vendedores de una tienda, para enseñar matemáticas; aventuras de un científico y su ayudante en un laboratorio, para hablar sobre ciencias; conversaciones de una familia llena de problemas, para aprender sobre ética.

Los programas no le gustaban a mi hermano, pero no había más y lo importante para él era ver televisión, lo que fuera.

Después de almorzar hacía las tareas rápido y volvía a sentarse frente al televisor hasta que lo llamaban para comer. Conocía los nombres de todos los protagonistas de las telenovelas de la tarde y se sabía de memoria las canciones que usaban en los cabezotes.

Buena memoria tiene mi hermano. Para eso y para los dolores que le ha ido dejando la vida. No olvida y quizás por esa razón le crecen por dentro bolitas de veneno.

Los fines de semana empezaba a ver televisión a las seis de la mañana y terminaba a las nueve de la noche, con los “ojos cuadrados”, como decía papá, y dolor de cabeza. A esa hora papá y mamá lo mandaban a dormir. Entonces veía lucecitas detrás de los párpados, como si la pantalla se le hubiera metido entre los ojos. Así se quedaba dormido y empezaba a soñar con MacGyver y Máimal y Los Magníficos y Automán, todo revuelto en el mismo sueño, en una sola película.

Al otro día se levantaba y, si era fin de semana, volvía a plantarse frente a la pantalla. Si era día de colegio, aprovechaba mientras se vestía para prender el televisor un poquito, aunque fuera para ver esas barras de colores que indicaban que estaba por comenzar la programación.

Quizás por eso le gustan tanto las ventanas a mi hermano. Son como una pantalla gigante que transmite lo que está pasando en el mundo de afuera y le permiten olvidarse de lo que le duele en el mundo de adentro.



Planetade**Libros**

¿Te gusta leer?

Únete a nuestras
comunidades de lectores
en redes sociales:



@planetadelibrosco



Planeta de Libros Colombia



@planetadelibrosco



@PlanetadeLibrosCo

Conoce más libros haciendo clic en:

planetadelibros.com.co



Grupo  Planeta

Creemos en los libros